



1. Los otros animales: vida o mercancía

¿Pueden un socialista o una comunista del siglo XXI no ser vegetarianos?

Jorge Riechmann

Usted no se lo cree, se titula el excelente blog (sobre calentamiento climático) de Ferrán Puig Vilar (<http://ustednoselocree.com>). Usted no se cree que dos siglos después de Malthus el mundo esté al borde de una crisis malthusiana. Usted no se cree que cientos de millones de personas –si no miles de millones– estén en peligro. Usted no se cree que vayamos hacia una nueva “Edad Oscura”. Usted no se cree que las conquistas que más apreciamos en eso que llamamos “civilización” puedan tener los días contados. Usted no se cree que extensas zonas del planeta puedan tornarse inhabitables. Usted no se cree que las guerras climáticas y otras formas “nuevas” de violencia puedan hacer del mundo un lugar donde muchísima gente deseará no haber nacido. Y como no se lo cree, usted –la mayoría social– sigue instalado en la denegación, y no actúa, tratando de aprovechar los menguantes márgenes de acción de los que aún disponemos/¹.

A la hora de explicar la incredulidad de usted, creo que una de las razones de más peso tiene que ver con nuestra humana, demasiado humana dificultad para entender las dinámicas de crecimiento exponencial (con esos tiempos de

¹/Para los historiadores se ha convertido en un lugar común hablar de la “era de la catástrofe” para referirse a ese tramo de la historia del siglo XX que va de 1914 a 1945. (En lo cual, por cierto, no deja de evidenciarse cierto eurocentrismo; para apreciarlo puede uno asomarse a Davis, 2006.) Pero quizá, de forma menos llamativa, hemos estado incubando otra “era de la catástrofe” desde hace más de tres decenios: desde 1980 aproximadamente. Yo diría que esta terrible incubación se debe al rechazo a hacer frente a un acontecimiento de dimensiones epocales que, sin embargo, estaba bien identificado desde la segunda mitad de los años sesenta del siglo XX. Este rechazo, desde 1980 aproximadamente, cobra la forma de una activa negación de realidades sin embargo patentes y bien documentadas. La cultura dominante (primero en Gran Bretaña y EE UU, luego en muchos más países del planeta), cultura que –para abreviar– podemos llamar *pensamiento único neoliberal*, se convierte en “negacionista” más allá de la cuestión del calentamiento climático: alimenta una activa denegación de todo lo que tiene que ver con límites biofísicos que puedan constreñir las actividades humanas, y especialmente limitar el crecimiento económico. Por eso, al período histórico que se inició hacia 1980 podemos llamarlo la Era de la Denegación.

duplicación que menguan prodigiosamente) (Meadows, Randers y Meadows (2006), especialmente el capítulo 2: “La fuerza motriz: el crecimiento exponencial”). Cómo ha cambiado el metabolismo sociedad-naturaleza en los últimos ochenta años aproximadamente, y sobre todo en los últimos treinta (los años alrededor de 1930 y 1980 como goznes del siglo XX), es algo que desafía la imaginación humana. ¿Desde qué fecha diría usted que los habitantes actuales de la Tierra hemos emitido la mitad de los gases de efecto invernadero, en tiempos históricos? La respuesta es estupefaciente: ¡desde 1980!²¹ Apenas en tres decenios, tanto como en muchísimos milenios antes: así se comportan los crecimientos exponenciales. Nos cuesta entender que el mundo actual, en lo que a impactos sobre la biosfera y los ecosistemas se refiere, no tiene nada que ver con aquel donde vivían nuestros abuelos.

Comer carne hoy no tiene las mismas implicaciones político-morales que hacia 1930 -¡ni siquiera que hacia 1980! Pues, en efecto, una de las cosas que usted no se cree es que el tipo de dieta que se gasta -que nos gastamos en los países ricos— pueda tener un gran impacto socioecológico y convertirse en una dimensión determinante de la (in)justicia global. Bueno, esto es lo que desearía mostrar en este artículo: mientras que en un “mundo vacío” (a saber: un planeta con pocos seres humanos y mucha naturaleza) la dieta no sería un asunto con gran peso político-moral -salvo para quienes desafiasen los confines de una moral estrechamente antropocéntrica-, en un “mundo lleno” o saturado en términos ecológicos (un planeta con muchos seres humanos y poca naturaleza -en términos relativos) sí que lo es (sobre la noción de “mundo lleno” véase Daly, 1991).. Por eso, cualquier persona que defienda valores igualitarios, a quien preocupe la sustentabilidad y la justicia, debe plantearse a fondo la cuestión de la dieta -con independencia de lo que opine sobre los “derechos de los animales”-.

60.000 millones de animales de granja...

Hasta hace muy poco en términos históricos (dejemos la prehistoria de lado), el consumo habitual de carne estaba restringido a unos pocos ricos privilegiados. Era un asunto de casta y de clase: la mayoría de las personas comían carne sólo en ocasiones especiales. Sin embargo, en la fase fordista-keynesiana del capitalismo (y como una parte del insostenible modelo socioeconómico que se pone en marcha entonces, a partir de 1930-1950) se ha desarrollado una auténtica indus-

²¹ “En los últimos treinta años (1980-2010, aproximadamente) se ha emitido a la atmósfera una cantidad de GEI equivalente a la mitad de la emitida en toda la historia de la humanidad. Es muy probable que, veinte o treinta años antes del final del siglo pasado, hubiéramos estado a tiempo de encontrar una trayectoria colectiva en términos de emisiones que hubiera impedido llegar hasta aquí, cuando las respuestas ya no pueden ser incrementales y no se producirán, en su caso, sin severos sacrificios. (...) Que todo esto podía ocurrir se sabe desde hace más de cincuenta años, pues ya el presidente Lyndon B. Johnson advirtió del peligro en el Congreso de EE UU en los años sesenta (del siglo XX). Sin embargo, décadas de negacionismo sofisticadamente organizado y de freno al pensamiento sistémico como elementos de la expansión ultraliberal programada nos han llevado hasta aquí.” (Puig Vilar 2012, p. 113..

tria ganadera mundial, con grandes instalaciones industriales para la cría intensiva que albergan muchos millones de animales. La producción mundial de carne, huevos y productos lácteos utiliza todos los años más de 60.000 millones de animales de granja/³: casi diez vidas anuales por cada vida humana (desde 2011 somos 7.000 millones de seres humanos sobre esta Tierra). Si continuasen las insostenibles tendencias actuales, los efectivos ganaderos mundiales podrían superar los 100.000 millones de animales en 2050, más de diez veces la población humana prevista para esa fecha (Tung, 2010; véase también FAO, *FAOSTAT Statistical Database*, en faostat.fao.org).

Las dietas muy ricas en carne pertenecen al “estilo de vida” de los ricos de este mundo (igual que el automóvil individual, las segundas residencias o los viajes frecuentes en avión); y se asocian con prosperidad o modernidad, en un mundo donde el nivel de consumo occidental se ha convertido en el estándar al que los “aún no desarrollados” aspiran. En las regiones industrializadas la gente sigue consumiendo mucha más carne que la población de los países pobres: un promedio de 80 kilos por persona y año frente a 32 kilos. Pero esta brecha está disminuyendo, y hoy más de la mitad del total mundial de carne se produce y se consume actualmente en las regiones eufemísticamente llamadas “en vías desarrollo”.

La producción mundial de carne se ha multiplicado casi por tres desde la década de 1970, aumentando un 20% sólo en el decenio posterior al año 2000. Como resumía la revista agropecuaria estadounidense *Farmer and Stockbreeder*, en su entrega del 30 de enero de 1962, “la gallina ponedora de hoy en día sólo es, después de todo, una máquina de conversión muy eficiente, que transforma la materia prima —sustancias alimenticias— en un producto acabado -el huevo- descontando, por supuesto, los gastos de mantenimiento.” (citado en Harrison 1964, p. 50)/⁴. Esto no debería preocuparnos sólo porque la existencia de la inmensa

³/ Entre 1980 y 2010 el número de pollos de granja creció un 169%, desde 7.200 millones a 19.400 millones. En el mismo período, el número de ovejas y cabras creció hasta más de 2.000 millones, y el ganado vacuno creció un 17% hasta los 1.428 millones de cabezas (Nierenberg y Reynolds, 2012).

⁴/ Cabe mencionar que 1962 es el año de publicación del famoso libro de Rachel Carson *Silent Spring*, que serviría como hito para fechar el nacimiento de la moderna conciencia ecológica. Medio siglo desde entonces... ¡y los problemas no han hecho sino empeorar! Sobre los “derechos de los animales” escribe Esther Vivas: “Los animales se han convertido en materia prima industrial y las granjas han dejado de ser granjas para convertirse en fábricas de producción de carne o modelos de ‘ganadería no ligada a la tierra’, como se les denomina en el sector. La misma lógica capitalista y productivista que rige otros sistemas impera en el modelo ganadero actual, pero en este caso las mercancías son animales. ‘Se aplican sistemas industriales diseñados para fabricar coches y máquinas a la cría de animales. Es algo increíblemente cruel que ninguna sociedad civilizada debería tolerar’ afirma Tom Garrett del Welfare Institute en el documental *Pig Business*. La práctica productivista convierte a los animales en enfermos crónicos. Instalaciones que impiden su movimiento, mala alimentación, hacinamiento, estrés, etc. son sólo algunas muestras del maltrato animal. Para compensar su maltrecho estado de salud se les inyecta antibióticos, frente a las infecciones crecientes, así como hormonas reproductoras para compensar su pérdida de fertilidad. En Europa, la ganadería industrial utiliza la mitad de los antibióticos comercializados. De estos, 1/3 se administran preventivamente con el suministro de pienso. (...) En definitiva un sistema de producción ganadero que nos enferma, acaba con la agrodiversidad, vulnera los derechos de los animales, contamina el medio ambiente, destruye la ganadería campesina y explota la mano de obra.” (Vivas, 2012).

mayoría de las gallinas –y otros animales de granja– se haya convertido en un infierno sobre la Tierra, sino porque los impactos socioecológicos de esta cosificación y mercantilización de la vida resultan inasumibles. La intensificación de la producción animal industrializada en un “mundo lleno” implica que el sector ganadero compite en mayor medida –y más directamente que antes– por la tierra, el agua y otros recursos naturales escasos. Esto tiene enormes consecuencias en términos de justicia y de sustentabilidad.

...y los impactos que genera esa producción industrial en un “mundo lleno”

Cuando comemos carne de animales criados con productos agrícolas –como soja o maíz– que podríamos consumir directamente los seres humanos, perdemos la mayor parte de la energía bioquímica de las plantas⁵. Se trata de una especie de “ley de hierro” de la alimentación (a veces denominada “ley de Lindeman”): cada vez que se sube un escalón en la cadena trófica, se pierden aproximadamente las nueve décimas partes de la biomasa⁶. Por ello, un aprovechamiento eficiente de los recursos alimentarios exige permanecer en la parte baja de la cadena trófica. En un “mundo lleno”, sólo podremos alimentar adecuadamente a todos los seres humanos con dietas básicamente vegetarianas... Hoy, el 85% de la cosecha mundial de soja –la fuente más importante de proteína vegetal de alta calidad– se utiliza para la obtención de aceite y harina, y un 90% de la harina se destina a la fabricación de piensos para animales estabulados (MacDonald, 2012, p. 303). Desde hace bastantes años, aproximadamente el 40% de los cereales del mundo y más de la tercera parte de las capturas pesqueras se emplea para alimentar la excesiva cabaña ganadera mundial.

Hace ya años que el Consejo para la Alimentación Mundial de la ONU calculó que dedicar a alimentación humana entre el 10 y el 15% del grano que se destina al ganado bastaría para llevar las raciones al nivel calórico adecuado, erradicando la lacra del hambre (Goodland y otros 1984, p. 237). El problema ha empeorado desde entonces.

Un estudio encargado por Amigos de la Tierra, hecho público a comienzos de 2012, indica que la “*huella del uso de la tierra*” de la UE (que calcula la superfi-

⁵/ Entre el 70 y el 95% de esta energía bioquímica, según diversos estudios científicos. Este no es el caso de los rumiantes criados extensivamente en pastizales, que no compiten por el alimento con los seres humanos: nuestros estómagos no pueden digerir hierba o paja. Pero la ganadería extensiva tradicional, practicada con criterios de sustentabilidad, no permitiría criar sino una pequeña fracción de la sobredimensionada cabaña ganadera actual.

⁶/ Se requiere una cantidad de cereales y proteaginosas entre dos y cinco veces superior para producir con ganado el mismo número de calorías que si las personas consumiéramos el alimento vegetal directamente, y hasta diez veces en el caso de la carne de vacuno producida en explotaciones intensivas. Investigaciones realizadas por Rosamond Naylor, de la Universidad de Stanford, citadas en Bittman (2008).

“...si nos preocupan las repercusiones de la utilización masiva de agrocombustibles sobre la seguridad alimentaria de los pobres, ¿no nos inquietarán las consecuencias del chuletón y los embutidos?”

cie que necesita este conjunto de países para disponer de los productos agrícolas y forestales que utiliza) incluye al menos un 60% de tierras fuera de sus fronteras (Duch, 2012). Los 640 millones de hectáreas de la huella europea equivalen a 1,5 veces su propia superficie: con ello somos el continente más dependiente de la “importación” de tierras. Por otra parte, aproximadamente un 70% de los productos del mar consumidos en Europa provienen de océanos y mares ajenos...

Los llamados “países emergentes” aumentan su consumo de carne y pescado a medida que suben por la escalera del “desarrollo” (¿desde muchos escalones por debajo de donde nosotros ya nos hallamos!). China destinó en 2010 más del 50% de su suministro de maíz, tanto nacional como importado, a la alimentación animal (un aumento considerable desde el 25% que utilizaba en 1980). Para garantizar un tipo de dietas más cercano al “estándar occidental”, China está recurriendo cada vez más a los mercados mundiales -comprando principalmente soja pero también maíz-. Además, el gran país asiático está arrendando y tratando de controlar tierras allende sus fronteras para cultivar alimentos para su población y para su ganado: es el preocupante fenómeno del acaparamiento de tierras (*land-grabbing*), una de las señales más ominosas de choque contra los límites biofísicos del planeta, a comienzos del siglo XXI (GRAIN, Hobbelink, 2012)...

Una superficie equivalente a la mitad de la tierra fértil disponible en Europa ya ha sido adquirida (a precios ridículamente baratos) por capitales extranjeros en los mejores lugares de países africanos o sudamericanos. Sólo en África, el Global Land Project habla (en un estudio de 2010 con cifras de 2009) de 62 millones de hectáreas en 27 países; y el Oakland Institute (2011) estima 50 millones de hectáreas en veinte países. La agroindustria de la India ha formalizado ya acuerdos en Kenia, Madagascar, Mozambique, Senegal y Etiopía para cultivar y exportar a la India arroz, caña de azúcar, aceite de palma, lentejas, verduras y maíz, para piensos en este último caso (Nelson, 2009).

Seguir aumentando la producción mundial de carne, huevos y productos lácteos tiene una repercusión directa sobre las perspectivas de calentamiento climático. Según la FAO, aproximadamente el 18% de las emisiones globales de gases de efecto invernadero (GEI) tienen su origen en el sector ganadero (el 9% de las emisiones mundiales de dióxido de carbono, el 37% de las de metano y el 65% de las de óxido nitroso). Pero otros análisis —por ejemplo del Banco Mundial—, contabilizando emisiones indirectas, aumentaban esta cifra al 51% de las emisiones totales de GEI a nivel mundial (Steinfeld y otros, 2006; Goodland y Anhang, 2009).

Y si nos preocupan las repercusiones de la utilización masiva de agrocombustibles sobre la seguridad alimentaria de los pobres, ¿no nos inquietarán las consecuencias del chuletón y los embutidos?

“Durante los últimos años, las implicaciones éticas de destinar maíz, aceite de palma y caña de azúcar para producir biocombustibles están siendo sometidas, justificadamente, a un análisis más riguroso, debido a las repercusiones negativas potenciales de esta práctica sobre los precios alimentarios mundiales, el hambre y el medio ambiente. Sin embargo, en 2007/2008 solamente el 4% de la producción mundial de cereales (cien millones de toneladas, de las cuales 95 millones eran maíz) se utilizó para biocombustibles. En comparación, el 35% de los cereales (756 millones de toneladas) se destinaron a la alimentación animal. En 2007 solamente el 12% del maíz del mundo se utilizó para producir etanol, mientras que el 60% fue a parar a la fabricación de piensos.” (MacDonald, 2012, pp. 303-304)

Una dieta no generalizable

La dieta corriente en los países del Norte —o en las capas con mayores ingresos de los demás países—, además de poco saludable, no es generalizable al conjunto del planeta. Veamos algunos cálculos con cifras de 1990 (como se verá, siguen apuntando al meollo del problema; por otra parte, desde entonces los problemas ecológicos mundiales no han dejado de empeorar, al mismo tiempo que seguía creciendo la población humana). En 1990, para alimentar a los más de 5.300 millones de seres humanos que entonces poblaban el planeta, se contó con una cosecha de 1.780 millones de toneladas de cereales. Supuesta una distribución igualitaria, con esta cantidad hubiesen podido alimentarse suficientemente 5.900 millones de personas; pero con el nivel de consumo per capita de Europa Occidental (especialmente el consumo de carne), sólo 2.900 millones.

Supongamos que la cosecha mundial de cereales aumenta hasta totalizar 2.000 millones de toneladas. Con esto podrían alimentarse sólo 2.500 millones de personas con dieta estadounidense (800 kg. de cereales al año, la mayoría consumidos indirectamente en forma de carne, huevos, leche, helados...). O bien 10.000 millones de personas con la dieta hindú de entonces (200 kg. de cereales, consumidos directamente casi en su totalidad). Ninguna de estas dos dietas es muy saludable, la primera por exceso, la segunda por defecto. En el término medio se encuentra una dieta que nutricionalmente resulta mucho más adecuada, la dieta mediterránea: con los 400 kg. de cereal por persona que consumían anualmente los italianos en 1990 podrían alimentarse 5.000 millones de personas (Brown, 1997, p. 77)⁷. Sólo que

⁷ Todo parece indicar que una dieta básicamente mediterránea, pero menos cárnica que la actual, sería al mismo tiempo: (I) ecológicamente sustentable, (II) generalizable a toda la población mundial (y por ello, en potencia, moralmente aceptable) y (III) más saludable que la actual.

hoy –en 2012– ya somos más de 7.000 millones, y la población mundial sigue aumentando aún...

Uso anual per capita de grano y consumo de productos ganaderos en países seleccionados, 1990 (cifras en kgs. de grano)

PAÍS	Grano vacuno	Carne de porcino	Carne de corral	Aves de ovino	Carne de	Leche	Queso	Huevos
EEUU	800	42	28	44	1	271	12	16
Italia	400	16	20	19	1	182	12	12
China	300	1	21	3	1	4	—	7
India	200	—	0,4	0,4	0,2	31	—	13

Fuente: Brown y Kane, 1994, p. 261.

Si 9.000 millones de personas (la población en que se estabilizará quizá la demografía humana durante el siglo XXI) trataran de comer como hoy lo hace el estadounidense promedio, harían falta las tierras de cultivo de *más de dos planetas adicionales* para soportar esa dieta: 4.500 millones de hectáreas –cuando en la Tierra sólo hay unos 1.400 millones de hectáreas de tierras de cultivo (Trainer, 2011; nosotros los españoles y españolas no estamos tan lejos del sobreconsumo de carne de los estadounidenses, si contabilizamos también en nuestro caso la proteína animal procedente del pescado, que igualmente sobreconsumimos). El mismo cálculo, desde otro ángulo: con dieta estadounidense, y teniendo en cuenta que hemos de cultivar más cosas que alimentos en las tierras de labor (fibras por ejemplo, o materias primas para la industria...) el planeta sólo podría dar sustento a 1.500- 2.000 millones de personas.

No cabe ignorar, además, que la producción agropecuaria de hoy es insostenible a medio plazo (depende crucialmente de recursos no renovables a cuyo cenit ya nos estamos aproximando: petróleo, gas natural, fosfatos)... No hay forma de concebir un mundo sostenible para diecisietemil o más millones de seres humanos salvo en términos de agroecología, soberanía alimentaria y dietas básicamente vegetarianas.

Para concluir

Pasar de una dieta muy carnívora a una básicamente vegetariana supone reducir fuertemente el impacto socio-ecológico relacionado con las actividades de alimentación/8. Deberíamos cambiar nuestras pautas de alimentación hacia

8/ En efecto, en EE UU se ha calculado el terreno fértil que se necesita para la agricultura convencional mecanizada, con una dieta fuertemente carnívora, y la que se necesita para una forma de vida básicamente vegetariana: son más de 4000 m² en el primer caso, frente a menos de 1000 m² en el segundo. Es decir, *la quinta parte de superficie agrícola*. Si se tratase de miniagricultura intensiva (métodos de John Jevons y Ecology Action en California), bastan entre 180 y 360 m² (von Weizsäcker, Lovins y Lovins, 1997, pp. 158-161). Interesantes datos y perspectivas en Heinberg y Bomford (2012).

una dieta básicamente vegetariana —la “dieta mediterránea” que antes evocamos—, mucho menos rica en carne y pescado que la actual, y deberíamos renunciar por completo a la ganadería intensiva. Incluso desde presupuestos morales antropocéntricos, sólo resulta éticamente aceptable la ganadería extensiva: crianza de aves en corrales abiertos, ganado vacuno y ovino que pastan libremente en praderas, etc. (Y ello a condición, claro está, de que se minimice el sufrimiento producido a los animales en el transporte y se los sacrifique con métodos indoloros.) En torno a estos objetivos debería poder articularse una amplia coalición social que uniese a ecologistas, defensores de los animales, ganaderos de montaña (y pequeños ganaderos en general), preservadores de las razas autóctonas, activistas de la alimentación natural y consumidores conscientes. Como ya sugerí hace muchos años, el lema de una coalición así podría ser “menos carne, mejor carne, vida para el campo” (Riechmann, 2003). Y a una coalición semejante ¿no deberían sumarse los y las socialistas/ comunistas del siglo XXI?

Los sistemas agropecuarios actuales producen ya hoy impactos ecológicos inaceptables, y -si pensamos en el futuro- son ecológicamente insostenibles. Por otra parte, en un mundo donde cientos de millones de humanos están subalimentados o mueren de hambre, y en cuyo horizonte oteamos problemas cada vez más graves para alimentar adecuadamente a una población creciente, no podemos desperdiciar tanta comida criando animales como hacemos hoy. La producción de cereales per capita alcanzó un máximo en 1985 y desde entonces, pese a todos los esfuerzos realizados, ha ido disminuyendo (Meadows, Randers y Meadows, 2006, p. 120)/9: es otro de los indicios ominosos de choque contra los límites en un “mundo lleno”. Como señala Esther Vivas,

si la ‘revolución verde’ prometió acabar con el hambre en el mundo y no lo consiguió —al contrario: las cifras absolutas de hambrientos no han parado de aumentar, superando los mil millones según indica la FAO—, el alza en la producción de carne tampoco ha significado una mejora en la dieta. Antes bien (...) el aumento del consumo de carne ha generado mayores problemas de salud y su lógica productivista ha tenido un impacto muy negativo en el medio ambiente, el campesinado, los derechos animales, y

9/ Los cálculos proceden de .Brown (1999). La FAO, en su informe de 2002 *Agricultura mundial: hacia los años 2015/ 2030*, confirma que “el consumo mundial anual de cereales per cápita (incluidos los piensos) alcanzó su nivel máximo a mediados de los años ochenta en 334 kg y desde entonces ha descendido a 317 kg (media del período 1997-99)”. Puede consultarse en <http://www.fao.org/DOCREP/004/ Y3557S/ y3557s08.htm>. En 2008-2012 la producción mundial de cereales (salvo arroz) osciló entre 1.750 y 1.850 millones de toneladas, y la de arroz entre 430 y 450 millones de toneladas (datos del Consejo Internacional de Cereales y la FAO; pueden consultarse por ejemplo en www.igc.int). Teniendo en cuenta el aumento de la población humana mundial, ello supone que sigue la tendencia a la baja en la producción de cereales per capita. Como afirma el profesor de la UPM Pedro Urbano Terrón tras analizar minuciosamente los datos de la FAO, “en los años que llevamos de este siglo (XXI), las producciones no han sido suficientes para satisfacer el consumo y el resultado ha sido una tendencia a la disminución de las reservas mundiales” (Terrón 2008).

las condiciones laborales. Aumentar la producción no implica un mayor acceso a aquello que se produce, como bien ha demostrado el fracaso de la ‘revolución verde’ y la ‘revolución ganadera’. (Vivas, 2012)

Así que la respuesta a la pregunta planteada en el título de este artículo debería ser, en mi opinión: un socialista u una comunista del siglo XXI habrían de ser conscientes de que sólo dietas con una pequeña fracción del contenido en carne, pescado y productos procedentes de la ganadería industrial de lo que hoy se considera “normal” son coherentes con el resto de su ideario de emancipación humana.

Si es que nos tomamos en serio los valores de igualdad, justicia y sostenibilidad, claro está.

Una nota sobre la cuestión del toreo

Concedemos que la mal llamada “fiesta de los toros” sea cultura —en el mismo sentido en que los tormentos que aplicaba a sus reos la Santa Inquisición formaban parte de la cultura española de la época— pero ¿va a ser por eso un bien? Que una práctica determinada venga enmarcada en una tradición o una cultura no nos dice nada sobre su posible justificación ética. No se trata de que regionalistas o nacionalistas periféricos cuestionen una supuesta esencia cultural española, sino de algo de mucho mayor calado: la toma de conciencia sobre espectáculos crueles donde se tortura y mata a seres sintientes que padecen dolor, miedo y otros afectos similares a los nuestros.

Las prácticas culturales que involucran la tortura de seres vivos —desde la caza del zorro a la fiesta roja de la matanza de atunes en las islas Feroe— son inaceptables. No disfracemos su brutalidad e inhumanidad: se trata de signos de barbarie. La comparación con otras prácticas culturales como la ablación del clítoris no supone que se rebaje la condición de las mujeres, sino que en ambos casos un rasgo cultural, en determinadas sociedades, es incompatible con el principio de humanidad.

El sacrificio más o menos ritual del toro en el curso de la corrida conlleva un grado de sufrimiento y destrucción del animal incompatible con una conciencia civilizada. El sacrificio de seres humanos y de animales no humanos forma parte de la historia de la humanidad, y ha constituido incluso el núcleo de lo sagrado en determinadas formas de organización social: pero su persistencia, por mucho que la asuma una parte de una sociedad, es incompatible con el progreso moral en las mentalidades y acompaña la reproducción de comportamientos inhumanos.

Con la supresión de las corridas de toros puede avanzarse hacia una reconsideración profunda de la relación entre el ser humano, los animales no humanos y la naturaleza. No debemos apoyar prácticas sociales que legitiman la sumisión a los impulsos primarios y la violencia. *J.R.*

Jorge Riechmann escribe ensayos y poemas, y es profesor de filosofía moral en la UAM.

Bibliografía citada:

- Bittman, M. (2008) "Rethinking the Meat Guzzler". *New York Times*, 27/01/2008.
- Brown, L. R. y Kane, H. (1994) *Full House: Reassessing the Earth's Population Carrying Capacity*. Nueva York: Norton.
- Brown, L. R. (1997) "Ante la perspectiva de la escasez de alimentos". En Worldwatch Institute, *La situación en el mundo 1997*. Barcelona: CIP/ Icaria.
- Brown, L.R. (1999) "Alimentar a nueve mil millones de personas". En Worldwatch Institute, *La situación del mundo 1999*. Barcelona: CIP/ Icaria.
- Daly, H. E. (1991) "From empty-world economics to full-world economics". En R. Goodland, H. E. Daly, S. El Serafy, y B. von Droste (eds.) *Environmentally Sustainable Economic Development*. París: UNESCO.
- Davis, M. (2006) *Los holocaustos de la Era Victoriana tardía*. Valencia: Universidad de Valencia.
- Duch, G. (2012) "La voracidad europea". *Público*, 18/02/2012.
- Goodland, R. y otros (1984) *Environmental Management in Tropical Agriculture*. Boulder (Colorado): Westview Press.
- Goodland, R./ Anhang, J. (2009) "Livestock and Climate Change". *World Watch*, noviembre/diciembre de 2009.
- Grain, Hobbelink, H. (2012) "Acaparamiento de tierras". Ponencia en las jornadas *¿Economía verde? ¿Futuro imposible!*. Barcelona, 1 al 3 de junio de 2012. Disponible en <http://alianza-economia-verde-futuro-negro.wordpress.com/jornadas-previas/>
- Harrison, R. (1964) *Animal Machines*. Londres: Vincent Stuart.
- Heinberg, R. y Bomford, M. (2012) "La transición alimentaria y agrícola". *mientras tanto*, 117 (monográfico: *Los límites del crecimiento: crisis energética y cambio climático*).
- MacDonald, M. (2012) "Equidad y seguridad alimentaria en un mundo condicionado por el clima". Capítulo 14 del informe del Worldwatch Institute *La situación del mundo 2012*. Barcelona: FUHEM Ecosocial/ Icaria.
- Meadows, D., Randers, J. y Meadows, D. (2006) *Los límites del crecimiento 30 años después*. Barcelona: Galaxia Gutenberg/ Círculo de Lectores.
- Nelson, D. (2009) "India Joins Neocolonial Rush for Africa's Land and Labour". *Telegraph*, Londres, 28 /06/2009.
- Nierenberg, D. y Reynolds, L. (2012) "Farm Animals Populations Continue to Grow". *Vital Signs Online*, 23 /03/2012. Disponible en <http://vitalsigns.worldwatch.org/>
- Puig Vilar, F. (2012) "¿Reducir emisiones para combatir el cambio climático? Depende". *mientras tanto*, 117 (monográfico: *Los límites del crecimiento: crisis energética y cambio climático*)
- Riechmann, J. (2003) *Todos los animales somos hermanos* (primera edición). Granada: Universidad de Granada.
- Steinfeld, H., y otros (2006) *Livestock's Long Shadow: Environmental Issues and Options*. Roma: FAO.
- Terrón, P.U. (2008) "Las ofertas y demandas globales de trigo, maíz y arroz: ¿hay alimentos para todos?". *Mediterráneo económico*, 15 (monográfico: *El nuevo sistema agroalimentario en una crisis global*). Disponible en <http://www.fundacioncajamar.es/mediterraneo/revista/me1503.pdf>
- Trainer, T. (2011) "¿Entienden bien sus defensores las implicaciones políticas radicales de una

economía de crecimiento cero?”. *sin permiso* (www.sinpermiso.info) y antes de ello en *real-world economics review* el 6/09/2011.

Tung, A. (2012) “Meat Production and Consumption Continue to Grow”. *Vital Signs Online*, 2/12/2010. Disponible en <http://vitalsigns.worldwatch.org/>.

Vivas, E. (2012) “Puerca industria”. *Le Monde Diplomatique*, 197. Disponible en <http://esther-vivas.com/2012/03/21/puerca-industria/>

von Weizsäcker, E.U., Lovins, L.H. y Lovins, A.B. (1997) *Factor 4: duplicar el bienestar con la mitad de los recursos naturales (informe al Club de Roma)*. Barcelona: Galaxia Gutenberg/ Círculo de Lectores.



2. Los otros animales: vida o mercancía

Los derechos homínidos

Paula Casal

Desde hace unas dos décadas, la reflexión sobre nuestro pasado evolutivo y el descubrimiento de una serie de datos primatológicos condujo a un gran número de filósofos y científicos a firmar una Declaración Universal de los Derechos de los Homínidos o grandes simios (Cavaliere y Singer, 1998) a la que se han suscrito cientos de académicos de todo el mundo. Estas argumentaciones incluyen generalmente alguna reflexión sobre nuestra semejanza genética, o sobre las capacidades intelectuales y emocionales que tenemos todos los homínidos. Ambos tipos de reflexión han sido sistemáticamente malinterpretadas, por diferentes motivos. La relación que existe entre los hallazgos genómicos y los derechos ha sido malinterpretada como una relación *directa*, cuando realmente es muy indirecta ya que el parentesco en sí mismo carece de relevancia moral. Las capacidades, en cambio, están directamente relaciona-